

nos acomete alguna tentacion. Sed francos, y respondedme en conciencia: ¿cuántas veces hubiéramos evitado el riesgo de caer en pecado mortal, cuántas hubiéramos salido vencedores, á pensar solamente en armarnos con esta señal victoriosa?

En tercer lugar, haceis mal la señal de la cruz: el movimiento de vuestra mano al santiguaros, no la representa, y esto es inferirle un verdadero agravio. En la religion, hermanos míos, no hay cosa alguna de poco valer; todo tiene una trascendencia inmensa. Recordad lo que hace poco os decia acerca de la eficacia y de las maravillas contenidas en esta divina señal, y aprovechaos de esta nueva leccion: precisamente lo que la Iglesia más desea, es poner sus augustos misterios al alcance de todos sus hijos.

Por último, haceis la señal de la cruz sin devocion y sin fe. Si poco há os hubiese referido algunos de los milagros obrados por la señal de la cruz, tal vez no me habriais creído, preguntándome el motivo porque Dios se muestra tan avaro de las maravillas que en otro tiempo prodigaba. Los motivos son vários, pero uno de los mayores, es sin duda la falta de devocion, de piedad, y de fe, que caracteriza á nuestra época. Es notorio, que ya no tenemos, como tuvieron nuestros padres, aquella fe, que traslada las montañas; aquella fe, que animaba á los santos, cuando acercándose á un cadáver le decian, formando la señal de la cruz: ¡levántate en el nombre de Jesucristo! y el difunto se levantaba, con admiracion de todos, y se ponía á glorificar á Dios. Solo la fe y la virtud de los primitivos cristianos son las que producian semejantes milagros.

En conclusion, y para corroborar la presente plática, voy á recomendaros algunas devotas usanzas. Casi todas vuestras casas, particularmente en las capitales, contienen un buen ajuar, ricos muebles, selectas librerías, elegantes colgaduras; pero les falta una cosa, un Crucifijo. Si sobreviene en la familia alguna calamidad, y se tiene que correr á la parroquia para la administracion de sacramentos, en vano es révolver todas las baratijas para dar con una imagen del Crucificado, la que muchas veces debe irse á buscar al humilde aposento de los domésticos. Allí en efecto está el Crucifijo, que desterrais de vuestros salones y gabinetes fastuosos. Esta falta, hermanos míos, debe repararse, y conviene, que el simbolo de nuestra redencion se instale lo más pronto posible en el seno del hogar doméstico.

Os recomiendo asimismo á cuantos estais escuchándome, que lleveis sobre el pecho la imagen de Jesús crucificado, para que os sirva de escudo contra los tiros del enemigo. Si éste os ataca y amenaza, poned la mano sobre la cruz, y repetid aquellas benditas palabras:

en nombre del Padré, y del Hijo, y del Espíritu Santo, con las cuales vencereis, sin duda alguna, conforme vencereis en la hora postrera si apretais sobre vuestros labios y contra vuestro corazón la imagen del Redentor, que acompañará vuestros yertos despojos, y os servirá de garantía para una resurreccion gloriosa. ¡Quiera Dios concedérselos! así sea.

CRUZADA, véase: (BULA DE LA).

CUARESMA.

(CONDUCTA DEL ALMA CRISTIANA EN TIEMPO DE)

Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.

Llegado es ahora el tiempo favorable; llegado es ahora el día de la salvacion.

(II Cor. vi, 2.)

Todos los años, hermanos míos, al acercarse la santa cuaresma, la Iglesia llama á sus hijos á la penitencia; y cada año, al llegar este tiempo de expiacion, hállalos apegados á las mismas vanidades, entregados á las mismas ilusiones, sujetos á las mismas pasiones y debilidades. No hablo de aquella multitud de cristianos infieles para quienes todos los tiempos son indiferentes, todos los días son iguales, sin distinguir siquiera los más santos y solemnes; de aquellos cristianos, que apenas se acuerdan de la cuaresma, ni saben cuando empieza ó acaba; y que si de algo de esto se acuerdan, es únicamente para añadir el desprecio de la ley al escándalo de la infraccion. Para éstos toda exhortacion seria vana, pues ni ablandaria su corazón, ni llegaría siquiera á sus oídos. La Iglesia, al ver la obcecacion y la

indiferencia de estos hombres, llora por ellos, é implora de la bondad divina una de aquellas gracias poderosas que despiertan al pecador de su mortal sueño, y le hacen ver la vaciedad, la ignominia y las funestas consecuencias de una vida dedicada enteramente á la satisfaccion de los apetitos é instintos terrenales, con absoluto olvido de las necesidades, y de la futura suerte de una alma inmortal.

Hablo de aquellos hombres, católicos por la fe, y, hasta cierto punto, tambien por las obras, que, ya sea por costumbre, ó por decencia, por respeto á las tradiciones de familia, ó por verdadero escrúpulo de conciencia, temerian confundir con las otras épocas del año el tiempo de la penitencia cuadregesimal; que hasta observan con más ó ménos escrupulosidad los preceptos cuaresmales, y de quienes, sin embargo, puede decirse, como de los pescadores del Evangelio, *que despues de haber trabajado toda la noche, se encuentran con las manos vacías*, esto es, que dejan transcurrir la cuaresma sin sacar de ella el menor fruto, sin enmendar su vida, ni reformar sus costumbres, ni hacer progreso alguno en la virtud.

¿Será quizás, que estos tales yerren en cuanto al objeto final del precepto, ateniéndose á la *letra que mata*, y despreciando *el espíritu que vivifica*; tomando los medios por el objeto, y creyendo haber santificado dignamente con algunos ayunos y con la abstinencia de ciertos manjares un tiempo destinado, segun la mente de la Iglesia, á la completa renovacion del hombre interior? Me temo mucho que sí. En tal caso, el remedio de este error está en la adopcion de un plan de conducta, que haga la cuaresma provechosa para el alma cristiana. Voy, pues, á trazar en pocas palabras este plan. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Ante todo, se ha de considerar, que la cuaresma es un tiempo destinado al retiro y á la meditacion. Antes de llegar á la tierra prometida, es menester atrevesar el desierto. El alma fiel, que quiere recorrerlo con fruto, desde el momento que se acerca á él, empieza á recogerse; y una vez ha entrado en él, no solo renuncia á toda diversion profana, á las disipaciones del juego, de los banquetes y de las reuniones mundanas, sino que procura evitar igualmente las conversaciones frívolas y las visitas ociosas. Suspende toda relacion exterior que no sea prescrita por las necesidades de su estado, ó por los deberes de la más estricta cortesía, formándose en su interior una vida de silencio y de soledad, *porque en la soledad habla Dios al corazón*, OSEE. XI, 14, y su voz se pierde en medio del tumulto del mundo. Reconcentra dentro de sí sus sentidos, distraidos por la seduccion de

las cosas visibles y objetos exteriores, á la manera que el sol, al retirarse de nuestro hemisferio, absorbe, al parecer, sus rayos para concentrarlos en un mismo foco. Nada teme tanto como la disipacion, porque sabe que la disipacion apaga el espíritu de piedad, del mismo modo que el soplo apaga la llama. De esta manera, acercándose á sí misma, se acerca á Dios, el cual nos asegura, que *su reino está dentro de nosotros mismos*. LUC. XVII, 21.

Pero no basta retirarse, y separarse exteriormente del mundo; porque es fácil llevarse consigo á la más secreta soledad los deseos, los recuerdos, las impresiones é ideas mundanas, si no se procura dar al espíritu una séria y constante ocupacion para fijar su movilidad. De aquí se infiere, que la cuaresma es, en segundo lugar, un tiempo de meditacion y de oracion. El alma fiel se retira con el solo objeto de tener una conversacion mas libre, frecuente y habitual con su Dios. Vésela cada aurora en el templo santo, postrada ante el altar en que se celebra el divino sacrificio; y vésela tambien allí cuando el sol de justicia, saliendo de sus augustas tinieblas, preséntase sentado en un trono de clemencia á las adoraciones de su su pueblo, á quien jamás despide sin haberle colmado de dulcísimas bendiciones. Dánle naturalmente materia para sus fervorosas meditaciones los dolorosos misterios que se cumplieron en el Calvario, y para cuya perpétua memoria fué instituida la cuaresma. Conságrase con amor á la práctica de los piadosos ejercicios, que con vivas imágenes nos representan y sensibilizan, por decirlo así, las escenas de la redencion de los hombres; la adoracion de la cruz, la via dolorosa, los oficios y fúnebres ceremonias de la Iglesia, tan propias para excitar y alimentar la compuncion en nuestros corazones, y que causan en nosotros impresiones tanto más fuertes y tiernas, cuanto más se aproxima el desenlace del sangriento drama, que principia en el huerto de los Olivos y termina en la cima del Gólgota.

2. Empero el manantial de la oracion se nos agotaria muy pronto si no lo alimentase la palabra divina; y ~~así~~ ahí, el que la cuaresma sea tambien por excelencia el tiempo de la predicacion. En las otras épocas del año, la palabra de Dios es más rara, las ocasiones de oirla no son tan frecuentes; mas en tiempo de cuaresma todas las trompetas evangélicas suenan á la vez; todos los púlpitos están ocupados; los sacerdotes se multiplican, por decirlo así, para distribuir el pan de la doctrina á los hijos de Dios. En lo restante del año los predicadores tocan tan solo ligeramente, y como de paso, algunos puntos morales ó dogmáticos, porque la brevedad del tiempo no les permite tratarlos con más extension; pero durante la cuaresma la

predicacion se convierte en una série no interrumpida de instrucciones, en un curso completo de enseñanza, cuyas partes se enlazan y fortifican unas á otras, como los anillos de una cadena, logrando así con más facilidad introducir la conviccion en los entendimientos y la persuasion en los corazones. No es necesario preguntar si esa alma fervorosa, que os propongo por modelo de la conducta que debeis observar en tiempo de cuaresma, se muestra deseosa de recoger la parte que le corresponde del celestial rocío que se distribuye con tanta abundancia; ni tampoco debe preguntarse si procura no perder ninguna de aquellas instrucciones, tan estrechamente enlazadas, que el que deja de oír una sola se expone á perder el fruto de todas las otras. No temais que se excuse de asistir á la predicacion pretextando la imposibilidad de abandonar el hogar doméstico, la humedad ó el rigor de la estacion; ántes al contrario, arrostrará gustosa todas estas incomodidades, considerándolas como una penitencia, ó mejor, como un nuevo mérito que añade á la penitencia de la cuaresma. Ella no mira si las horas de la predicacion se avienen ó no con sus costumbres; mas distribuye sus horas y arregla sus costumbres de manera que pueda asistir asiduamente á la predicacion. No bastándole la asiduidad en la asistencia, escucha con respeto, con fe y con docilidad la voz del predicador: no juzga la palabra por la cual ha de ser juzgada; recibela no como la palabra de un hombre, sino como la palabra de Dios; saca de ella ricos tesoros de gracias y de luz, y *se retira dichosa de haberla oído, y más dichosa aún de conservarla en un corazon fiel.* Luc. xi, 28.

No ménos atencion pone en rechazar las sugerencias de la molice, en cuanto pueden contravenir á las prescripciones de la cuaresma, que es, en cuarto lugar, el tiempo del ayuno y de la abstinencia. Si cree tener alguna razon que la dispense del rigor cuadragésimo, la pesa, no con el peso de la naturaleza, inclinado siempre á la relajacion, sino con la balanza del santuario; y en caso de duda, consulta sencillamente sin prevencion. No exagera su debilidad, porque sabe que toda dispensa que se obtiene sin causa legitima, es nula de hecho y de derecho; y que aún cuando sorprendiera la buena fe de un médico ó de un confesor, no por esto dejaria de ser responsable de la infraccion de la ley ante Dios y ante su propia conciencia. Tampoco exagera sus fuerzas, pues no ignora que el ayunar y guardar abstinencia cuando la salud no lo permite, es un abuso de la penitencia; que la satisfaccion más agradable á Dios, no tanto consiste en la inmolation de las víctimas, como en la ofrenda de un corazon contrito y humillado; y que la ley del ayuno deja de ser obligatoria

desde el instante que no cumple su objeto, esto es, cuando en vez de dar al alma más libertad y vigor, entorpece sus alas, y le impide remontarse á la contemplacion de las cosas eternas. Pero si alguna vez se ve en la necesidad de ser indulgente con la naturaleza, entónces procura compensar esta indulgencia con la mayor represion de sus sentidos y pasiones, y se esfuerza en suplir con la mortificacion del espíritu el defecto de la penitencia corporal.

5. La cuaresma es, en quinto lugar, el tiempo de la confesion de los pecados y de la comunión eucarística. La cuaresma es la preparacion para la Pascua. Morimos por la penitencia para resucitar con Jesucristo; mas no podemos resucitar con Jesucristo, si no comemos el pan vivo, prenda de inmortalidad. Muchos incurren sobre este punto en un error deplorable: cumplen con bastante exactitud los preceptos del ayuno y de la abstinencia, pero no se acuerdan de *gustar el fruto de la vida, que es el premio del vencedor.* Apoc. xi, 7. No así procede el alma cristiana, que hemos tomado por modelo, y que tan versada se nos ha mostrado en la inteligencia del espíritu y objeto de la cuaresma. Ella sabe muy bien, que mientras atravesamos este desierto no basta para curar nuestras llagas, que contemplemos la serpiente de bronce, Jesucristo crucificado por nuestros pecados; sino que debemos también, so pena de morir desfallecidos, comer el pan bajado del cielo. La comunión pascual está siempre delante de sus ojos como el término de su carrera y el objeto de su viaje: á ella se encaminan todos sus deseos y aspiraciones; á ella se dirigen cuantos esfuerzos hace para purificarse de sus manchas. Así es, que, para sumergirse en la piscina saludable, no espera, como muchos otros cristianos tibios y remisos, el momento que va á cerrarse, ó en que va á desaparecer el ángel que agita sus aguas; pues tan pronto como se abren las sagradas fuentes, acude á ellas presurosa para lavarse, no habiendo para ella mejor medio de prepararse á la comunión pascual, que el de recibir con frecuencia, y cada vez con más fervor, la comunión ordinaria.

Por último, la cuaresma es el tiempo de la limosna; es la época de la cosecha para el pobre, que si en otro tiempo siembra con lágrimas, ahora coge con alegría. La Iglesia, siempre sabia y amorosa, no pierde nunca ocasion alguna propia para instruirnos y mejorarnos: nos impone durante algunos dias ciertas privaciones, para excitar nuestros, piadosos sentimientos en favor de aquellos hermanos nuestros que padecen hambre durante todo el año. Si alguna limitacion impone á nuestro lujo, y á las superfluidades de nuestras mesas, no es para que la avaricia acreciente sus tesoros, sino para

que la caridad aproveche los ahorros de la penitencia. Y á la verdad, hermanos míos, sus exhortaciones nunca fueron tan oportunas como en las circunstancias presentes. A su voz maternal, que aboga siempre á favor de los desgraciados, se unen ahora los clamores de un pueblo infortunado que carecen de trabajo y de pan. La mano del Señor, que debemos bendecir siempre, aún cuando nos castiga, há-nos dispensado en estos días, como dice el profeta, los alimentos de primera necesidad *con medida estrecha*. ISAI. xxx, 20. La carestía de las subsistencias y demás artículos á la humana vida necesarios, ha venido á aumentar para las clases indigentes los rigores del invierno. Pensad, amados hermanos, que cuando la Providencia del cielo parece que nos abandona, es para dar á la providencia de la tierra ocasion de manifestarse. ¿Y qué es lo que constituye esta providencia? No la constituye, por cierto, un hombre, ni algunos hombres, ni algunas familias; ¡débil recurso para tan inmensa calamidad! Constitúyela el concurso de todos para el alivio de todos: la aseguracion, por decirlo así, de la vida de cada hombre por todos sus hermanos; la cooperacion de todos los cristianos, en cuanto se auxilién y socorren mutuamente, segun sus respectivas posibilidades, unos por medio de suscripciones, otros con limosnas individuales, otros con su trabajo personal: en una palabra, la providencia humana es la gota de agua, que multiplicada hasta lo infinito, se convierte en arroyo y en rio, que reverdece y fertiliza los tristes desiertos de la humanidad.

Santificad de este modo la cuaresma, hermanos míos; vivid de fe, de recogimiento, de oracion; vivid del pan de la palabra, y del pan de la eucaristía, del pan de las lágrimas y de la penitencia; vivid y dad la vida con piadosas larguezas, y observareis la ley en su espíritu, y en su verdad. Santificad la cuaresma, y estos días, con harta frecuencia estériles para vosotros, serán verdaderamente *un tiempo de propiciacion, dias de salud*, durante los cuales recogeréis abundantes gracias, y reunireis un tesoro de méritos, cuya eficacia se extenderá á todo el resto del año; y como dice el profeta Isaias, ponderando los frutos del ayuno perfecto, *vereis resplandecer vuestra luz como el astro del dia; vuestra alma recobrará la salud, vuestra justicia irá delante de vosotros, y la gloria del Señor os acogerá en su seno*. LVIII, 8. De este modo, en el gran dia de las solemnidades pascuales, que coronan las solemnidades expiatorias, experimentaréis en vuestra alma una renovacion de fuerzas y de vida, semejante á ese rejuvenecimiento de la naturaleza, que en la misma época del año devuelve la serenidad al cielo y la fecundidad á la

tierra; y finalmente alcanzareis aquella felicidad que nos está preparada en el cielo, y que os deseo á todos.

DIVISIONES.

CUARESMA.—Ordenándonos la Iglesia la mortificacion de nuestro cuerpo durante la cuaresma, nos demuestra, que en este tiempo las superfluidades pueden ser hasta un motivo de escándalo.

Habiendo la Iglesia instituido la cuaresma para que sus hijos lloren sus pecados, nos enseña, que este tiempo no debe destinarse á diversiones.

CUARESMA.—Es un tiempo santo, durante el cual es preciso apartarse de todas las ocasiones de pecado.

Es un tiempo de recogimiento, durante el cual es preciso huir de todo lo que puede distraernos.

Es un tiempo de satisfaccion por nuestros pecados, durante el cual es preciso que nos dediquemos á todos los ejercicios de penitencia.

CUARESMA.—La especial misericordia de la Iglesia en tiempo de cuaresma, debe alentar á los débiles.

La exactitud con que los buenos cumplen los preceptos, debe animar á los pusilánimes.

El fervor de los primeros cristianos en la observancia de la cuaresma, debe humillar á los poco devotos.

CUARESMA DE LOS BUENOS.—Sus ejercicios ordinarios son:

- 1.º La asistencia á la predicacion.
- 2.º La oracion.

CULTO.

(NECESIDAD DE UN CULTO.)

I.

Dominum Deum tuum adorabis.

Adorarás al Señor Dios tuyo.

(*Matth. iv, 10.*)

Nada hay más comun en nuestros días, que hombres que viven sin religion y sin Dios, ya, porque ostenten ser incrédulos por sistema, ya, porque se abandonen á una indolencia dulce en la apariencia, aunque funesta en la realidad. Ateos en su conducta, contemplan las maravillas de la naturaleza sin elevarse jamás hasta su autor; disfrutan de todos los beneficios de la creacion, sin subir nunca hasta su origen por medio del reconocimiento; y como si estuvieran fuera del imperio del Criador, no siguen más regla en sus sentimientos y en sus acciones que la inclinacion que los domina; miran como una cosa inútil los homenajes del entendimiento y del corazon que se tributan á la Divinidad; y graduan de prácticas pueriles y supersticiones populares las demostraciones exteriores y públicas, como los ritos sagrados y las fiestas religiosas. Ha habido y hay tal empeño en combatir, no solo al culto que llamamos externo, sino el mismo culto interno, que habrian sin duda desaparecido uno y otro, sino fuesen una necesidad del corazon, que, no pudiendo dejar de amar el bien, tiene que amar á la bondad infinita. Es necesario, pues, combatir los sofismas dirigidos á justificar el hábito verdaderamente mónstruoso, de vivir sin tributar ninguna clase de homenajes á la suprema Majestad; es preciso demostrar la necesidad de un culto. Hay ciertas verdades, que, por sabidas, debieran callarse; y que por estar sancionadas con el voto unánime de todos los pueblos, no de-

bieran discutirse; y, sin embargo, de que la necesidad de un culto es del número de ambas verdades, nos vemos precisados á demostrarla. Nuestro siglo tiene la osadía de llamarse á sí mismo ilustrado, bien que lo sea de retroceso y de ignorancia; y lleva su descaro hasta declarar la guerra al mismo Dios, y disputarle sus derechos; justo es, que nos esforcemos á defenderlos. Para proceder con orden y claridad, hoy solamente nos ocuparemos en probar la necesidad de un culto. Pidamos antes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Si consultamos la razon, nos dirá; que hay un Dios criador, el cual poseyendo la plenitud del ser, y siendo el origen de la vida, ha comunicado la existencia á cuanto compone este universo; un Dios conservador, que todo lo gobierna por medio de su sabiduría, despues de haberlo criado todo por su poder; que extiende su providencia universal á todos los seres, desde los cielos estrellados, hasta la flor de los campos, sin ser más grande en las cosas más pequeñas, ni más pequeño en las más grandes; un Dios legislador supremo, que mandando cuanto es bueno y prohibiendo todo lo malo, manifiesta á los hombres su voluntad santa por el ministerio de la conciencia; un Dios, en fin, juez soberano de todos los hombres, que tratará á cada uno en la vida futura segun sus obras, señalando castigos al vicio, y premios á la virtud. Esta es una doctrina reconocida por la razon más sana, cuyo conocimiento, aunque en diferentes grados, es tan universal, como el género humano; doctrina, que existia ya pura entre los Hebreos, se halla mucho más clara entre los cristianos; y aunque las supersticiones paganas pudieran obscurecerla, jamás ha llegado á aniquilarse en ningun pueblo de la tierra. Estos son puntos de creencia independientes de las vanas opiniones de los hombres y de los argumentos de los sofistas, porque la razon los demuestra de un modo evidente.

¿Y quién no ve, que de estas mismas nociones de la Divinidad se derivan deberes religiosos para con ella? ¿Quién no conoce, que al descubrirnos la razon lo que Dios es respecto de nosotros, nos descubre en esto mismo lo que nosotros debemos ser con respecto á Él? Si es nuestro Criador, ¿no deberemos hacerle homenaje del ser que hemos recibido de su bondad omnipotente? Si nos conserva una vida de que es árbitro, y de que á cada momento podria privarnos, ¿no es cada instante, que gozamos de ella, un nuevo beneficio, que exige de nuestra parte un nuevo sentimiento de gratitud? Si es nuestro legislador, ¿no deberemos obedecer sus leyes, y tomarlas por reglas de nuestros afectos y de nuestra conducta? Y si, en fin,